

HERODOTO · *LOS NUEVE
LIBROS DE LA HISTORIA* ·
TRADUCCION DE MARIA ROSA
LIDA · VOLUMEN SEGUNDO



BARCELONA · EDITORIAL
LUMEN · MCMLXXXI

dentro, hicieron así: entregaron a sus maridos todas sus ropas, y tomaron las de ellos; los minias, vestidos con trajes de mujer, salieron, como si fueran sus esposas, y tras huir de tal manera acamparon de nuevo en el Táigeto.

147. Por aquel mismo tiempo salió de Lacedemonia para fundar una colonia, Teras, hijo de Autesión, hijo de Tisámeno, hijo de Tersandro, hijo de Polinices. Por linaje era Teras cadmeo, tío materno de los hijos de Aristodemo, Eurístenes y Procles; cuando eran éstos todavía niños pequeños, Teras tuvo la regencia del reino de Esparta. Pero cuando sus sobrinos crecieron y asumieron el poder, Teras, llevando a mal ser mandado, ya que había tomado gusto al mandar, dijo que no se quedaría más en Lacedemonia, sino que se volvería por mar con los suyos. Vivían en la isla llamada ahora Tera y antes Calista, descendientes de Membláro, hijo de Peciles, fenicio. Pues Cadmo, el hijo de Agenor, yendo en busca de Europa, arribó a la isla llamada ahora Tera; y arribado que hubo, ora le agrada la tierra, ora por algún otro motivo, hizo esto: dejó en ella, entre otros fenicios, a Membláro, su propio pariente. Éstos ocuparon la isla Calista por ocho generaciones antes de llegar Teras de Lacedemonia.

148. A estos hombres se dirigía Teras, trayendo consigo gente de las tribus, con ánimo de avecindarse con ellos y no de echarles, antes bien, de conciliárseles por todas veras. Cuando los minias huidos de la cárcel acamparon en el Táigeto, y mientras los lacedemonios se proponían matarles, Teras intercedió para que no hubiera matanza y se comprometió él mismo a sacarles del país. Aprobaron los lacedemonios su propuesta, y Teras se hizo a la vela con tres naves de treinta remos, para reunirse con los descendientes de Membláro, pero sin llevarse a todos los minias, sino a unos pocos, pues la mayor parte de ellos se dirigieron contra los paroreatas y los caucones; y habiéndoles arrojado de su territorio, lo dividieron en seis partes, y

luego fundaron en ellas estas ciudades: Lepreo, Macisto, Frixas, Pirgo, Epio y Nudio; las más de ellas fueron en mis tiempos asoladas por los eleos. La isla recibió el nombre de su poblador, Teras.

149. El hijo de Teras se negó a embarcarse con él; por eso dijo su padre que le dejaría como oveja entre lobos; y por ese dicho le quedó al mozo el nombre de Eólico [ovejalo] y así fue que este nombre prevaleció. Tuvo Eólico por hijo a Egeo, por el cual se llama Egidas una gran tribu de Esparta. Como a los hombres de esta tribu se les muriesen los hijos, por aviso de un oráculo levantaron un santuario a las Erinies de Layo y de Edipo. Y después de esto no se les murieron. Lo mismo aconteció también en Tera a los descendientes de esa tribu.

150. Hasta esta altura de la historia los lacedemonios están de acuerdo con los tereos; pero a partir de aquí, sólo los tereos cuentan que sucedió así: Grinno, hijo de Esanio, descendiente de Teras y rey de la isla, llegó a Delfos llevando una hecatombe de parte de la ciudad. Entre otros conciudadanos le acompañaba Bato, hijo de Polimnesto, del linaje de Eufemo, uno de los minias. Consultando, pues, Grinno, rey de los tereos, acerca de otros asuntos, la Pitia le respondió que fundase una ciudad en Libia. Grinno le replicó: «Rey, estoy ya muy viejo y agobiado. Manda hacer eso a alguno de los más jóvenes». Y al decir estas palabras señaló a Bato. Por entonces no hubo más. De regreso, no tomaron en cuenta el oráculo por no saber hacia qué parte de la tierra caía Libia, y por no atreverse a enviar una colonia a la ventura.

151. Después, durante siete años no llovió en Tera, y entre tanto se secaron cuantos árboles había en la isla, salvo uno solo. Consultaron los tereos el oráculo, y la Pitia les recordó la colonia de Libia. No viendo remedio alguno de su mal, enviaron mensajeros a Creta que averiguasen si algún cretense o algún extranjero avecindado allí había llega-

do a Libia. Rodeando la isla, los mensajeros llegaron a la ciudad de Itano, y en ella entraron en relación con un pescador de múrice, llamado Corobio, quien les dijo que arrastrado por los vientos había llegado a una isla de Libia llamada Platea. Tras convencerle con buen salario, se lo llevaron a Tera, y de Tera se hicieron a la mar primero unos exploradores, no muchos; guiados por Corobio a aquella isla Platea, le dejaron con víveres para algunos meses, y ellos navegaron con toda rapidez rumbo a Tera para dar a los tereos noticia de la isla.

152. Como estuvieron ausentes más tiempo del concertado, se le acabaron a Corobio todas las provisiones. Entretanto una nave samia, cuyo capitán era Coleo, y que se dirigía a Egipto, fue llevada a esa Platea. Los samios informados por Corobio de toda la historia, le dejaron víveres para un año, partieron de la isla y se hicieron a la vela deseosos de llegar a Egipto, aunque desviándose por el viento del Este; y como no amainaba, atravesaron las columnas de Heracles, y arribaron a Tarteso, conducidos por divina guía. Era entonces Tarteso para los griegos un mercado virgen, de suerte que cuando volvieron, habían ganado con sus mercancías más que todos los griegos que nosotros sepamos con certeza, siempre después de Sótrato, de Egina, hijo de Laodamante, porque con éste ningún otro puede contender. Los samios, apartando el diezmo de su ganancia, seis talentos, hicieron un caldero de bronce a manera de crátera argólica, con unas cabezas de grifos que sobresalen del borde; lo dedicaron en el Hereo, sostenido por tres colosos arrodillados, de bronce, cada uno de siete codos de alto. Esta acción fue el comienzo de la gran amistad de los Cireneos y tereos con los samios.

153. Los tereos, después de dejar a Corobio en la isla, llegaron a Tera y dieron cuenta de que habían poblado una isla de Libia. Determinaron los tereos enviar hombres de sus siete distritos sorteando uno de cada dos hermanos, y

que Bato fuese por guía y rey. Así enviaron a Platea dos naves de cincuenta remos.

154. Así cuentan los tereos: en todo lo demás ya concuerdan con los Cireneos. Los Cireneos, en efecto, no concuerdan en absoluto con los tereos por lo que mira a Bato, pues lo cuentan así. Hay en Creta una ciudad, llamada Oaxo, en la que era rey Etearco, el cual, viudo y con una hija, por nombre Frónima, casó con otra mujer. La intrusa juzgó oportuno ser de veras madrastra de Frónima, pues la maltrató y maquinó contra ella mil perfidias; al fin, la acusó de liviana y persuadió a su marido de que así era verdad. Engañado por su mujer, el padre tramó contra su hija una acción impía. Había en Oaxo un mercader tereo, por nombre Temisón; Etearco, después de recibirle por huésped suyo, le conjuró que le sirviese en lo que le pediría; después de jurárselo, le entregó Etearco a su hija y le mandó llevársela y arrojarla al mar. Llevó muy a mal Temisón la mala fe del juramento y, renunciando al vínculo de hospedaje, hizo lo siguiente: tomó a la joven y se embarcó, y cuando estuvo en alta mar, para cumplir el juramento que había empeñado a Etearco, la sumergió en el mar, atada con unas cuerdas, la volvió a sacar y arribó a Tera.

155. Allí un hombre principal entre los tereos, Polimnesto, tomó a Frónima por concubina. Andando el tiempo tuvo de ella un hijo de habla trabada y balbuciente, a quien se le puso el nombre de Bato, según dicen los tereos y los Cireneos, pero según creo yo se le puso otro nombre; y fue llamado Bato después de haber arribado a Libia, tanto por el oráculo que oyó en Delfos, como por la dignidad que obtuvo. Porque los Libios dicen por rey, *Bato*, y creo que por ese motivo la Pitia en su oráculo le llamó en lengua líbica, sabedora de que él sería rey de Libia. En efecto, cuando se hizo hombre, fue a Delfos a consultar sobre su voz, y a su consulta respondió así la Pitia:

*Bato, vienes por tu voz, mas nuestro rey Febo Apolo
te envía a poblar la Libia, nutridora de rebaños.*

Como si en lengua griega le dijera: «Oh rey, vienes por tu voz». Él respondió en estos términos: «Rey, vine para pedir un oráculo sobre mi voz y tú me profetizas imposibles, ordenándome que pueble la Libia. ¿Con qué fuerza, con qué poder?» Así diciendo no persuadió al dios a darle otra respuesta; y como le profetizara lo mismo que antes, Bato le dejó con la palabra y regresó a Tera.

156. Pero luego no sólo a él sino también a los otros vecinos de Tera todo les volvía a salir mal; y desconociendo los tereos la causa de sus desventuras enviaron a Delfos a consultar por las calamidades que les aquejaban. La Pitia respondió que si junto con Bato poblaban a Cirene en la Libia, les iría mejor. Entonces los tereos enviaron a Bato con dos navíos de cincuenta remos. Éstos se hicieron a la vela para la Libia, pero como no sabían qué más hacer, se vinieron de vuelta a Tera. A su regreso los tereos les arrojaron flechas, no les dejaron arribar a tierra, y les mandaron que navegasen de vuelta. Obligados a ello, navegaron de vuelta, y poblaron una isla cerca de la Libia, cuyo nombre, según antes dije, es Platea. Dícese que la isla es tan grande como la actual ciudad de Cirene.

157. Vivieron en ella durante dos años y como de nada les aprovechaba, dejaron un hombre solo, y todos los demás partieron para Delfos. Presentándose allí el oráculo, le interrogaron, advirtiéndole que vivían en Libia, y que no por eso les iba mejor. A esto respondió así la Pitia:

*Si tú, que no has visto a Libia, nutridora de rebaños,
sabes de ella más que yo que la vi, grande es tu ciencia.*

Oída tal respuesta, Bato y los suyos navegaron de vuelta, ya que Apolo no les eximía de fundar su colonia, mientras

no llegaran a la misma Libia. Arribaron a su isla, recogieron al que habían dejado, y poblaron en la misma Libia un sitio llamado Aciris, frente a la isla; por ambos lados lo encierran hermosísimos sotos y por el otro corre un río.

158. Seis años moraron en ese paraje; pero en el séptimo, los libios les persuadieron a desampararlo, con ruegos y con promesa de llevarles a otro sitio mejor. Los libios les sacaron de allí y les condujeron a Poniente, y para que los griegos, al pasar, no viesen el más hermoso de sus lugares, calcularon las horas del día y pasaron por allí de noche. Ese lugar tiene por nombre Irasa. Les llevaron a una fuente que se dice ser de Apolo, y les dijeron: «Griegos, aquí os conviene morar, porque aquí está agujereado el cielo».

159. En vida de Bato, el fundador de la colonia, que reinó cuarenta años, y de Arcesilao su hijo, que reinó dieciséis, vivieron allí los cireneos, tantos en número como al principio habían llegado. Pero en tiempo del tercer rey, llamado Bato el Feliz, la Pitia, con sus oráculos, movió a todos los griegos a navegar a Libia para avecindarse con los cireneos, ya que ellos les invitaban al reparto de la tierra. Lo que vaticinaba decía así:

*Todo el que acudiere tarde a la Libia muy amada,
ya dividida la tierra, digo que habrá de pesarle.*

Se juntó en Cirene gran gentío; pero se vieron los libios circunvecinos cercenados de mucha tierra, y su rey, por nombre Adicrán, al verse privado de la comarca y agraviado por los cireneos, despachó emisarios a Egipto, y se entregó a Apries, rey de Egipto. Juntó éste un numeroso ejército de egipcios y lo envió contra Cirene. Los cireneos salieron en armas al lugar llamado Irasa y a la fuente Testa; trabaron combate con los egipcios y vencieron en el encuentro. Porque los egipcios, como no habían tenido antes experiencia de los griegos y les desdeñaban, fueron derrotados de ma-

nera que unos pocos de ellos volvieron a Egipto. Por eso, y porque reprochaban ese desastre a Apries, los egipcios se sublevaron contra él.

160. Ese Bato tuvo por hijo a Arcesilao quien, al comenzar a reinar, riñó con sus hermanos hasta que éstos le dejaron y partieron a otro lugar de Libia. Allí fundaron para sí la ciudad que entonces y ahora se llama Barca, y al mismo tiempo que la fundaban, hicieron que los libios se sublevaran contra los Cireneos. Arcesilao hizo después una expedición contra los libios que les habían acogido y contra los que se le habían sublevado; los libios, por miedo de él, huyeron a Oriente. Arcesilao persiguió a los fugitivos hasta hallarse en Leucón, un lugar de Libia, y los libios resolvieron atacarle. En el encuentro vencieron a los Cireneos en tal forma, que allí cayeron siete mil hoplitas Cireneos. Después de esta desgracia Arcesilao, que estaba enfermo y había tomado una medicina, fue estrangulado por su hermano Haliarco, y a Haliarco mató después a traición la mujer de Arcesilao, que tenía por nombre Erixa.

161. Heredó el reino de Arcesilao su hijo Bato, que era cojo y de pies contrahechos. Por razón del desastre que habían sufrido, los Cireneos enviaron a Delfos emisarios para preguntar con qué constitución podrían regirse mejor. Mandó la Pitia que tomasen un reformador de Mantinea de Arcadia; lo pidieron, pues, los Cireneos, y los mantineos les entregaron a Demonacte, el más estimado de sus ciudadanos. Llegó este hombre a Cirene, e informándose de todo, les repartió en tres tribus según esta disposición: hizo una división con los Tereos y los pueblos fronterizos; otra, con los Peloponesios y los Cretenses; y la tercera, con todos los Isleños. Además, reservó para el rey Bato sus posesiones y sacerdocios, pero puso en manos del pueblo todo lo demás que habían poseído antes los reyes.

162. Duró tal estado de cosas el tiempo que vivió Bato; pero en el de su hijo Arcesilao, hubo gran tumulto acerca

de las magistraturas. Arcesilao, hijo de Bato el cojo y de Feretima, declaró que no se atendería a lo ordenado por Demonacte de Mantinea, y reclamó todas las prerrogativas de sus antepasados. Se sublevó, fue derrotado y huyó a Samo, y su madre a Salamina de Chipre. En ese tiempo, dominaba en Salamina Eveltón, el que dedicó en Delfos el incensario, digno de verse, que se conserva en el tesoro de los Corintios. Ante él llegó Feretima y le pidió un ejército que les restituyese a Cirene: Eveltón le daba todo menos el ejército; ella, al recibir cada don, decía que era hermoso, pero más hermoso sería el ejército que había pedido, y esto lo decía a cada dádiva. Regalóle, por último, Eveltón un huso de oro y una rueca con su copo de lana, y como Feretima repitiese las mismas palabras, Eveltón replicó que con tales dones se obsequiaba a una mujer y no con un ejército.

163. Por aquel tiempo, Arcesilao, refugiado en Samo, reclutaba a cuantos podía con la promesa de repartirles tierras. Reunido un numeroso ejército, se dirigió a Delfos a consultar el oráculo sobre su vuelta. La Pitia le vaticinó así: ✕
«Por cuatro Batos y por cuatro Arcesilaos —ocho generaciones de hombres— Loxias os concede reinar en Cirene; pero os exhorta a que no intentéis siquiera reinar más allá. Por tanto, vuélvete a tu tierra y quédate tranquilo; y si hallares el horno lleno de cántaros, no los cuezas, antes despáchalos enhorabuena. Pero si cocieres la hornada, no entres en el lugar rodeado por las aguas; de no hacerlo así morirás tú mismo y contigo el toro más hermoso».

164. Así vaticinó la Pitia a Arcesilao. Pero él tomó consigo las tropas que tenía en Samo, volvió a Cirene, y apoderado del mando, no se acordaba del oráculo, sino que pedía venganza de sus contrarios por el destierro que había sufrido; algunos de ellos se marcharon para siempre del país; a otros prendió Arcesilao, y les envió a Chipre para que pereciesen, pero fueron llevados por los vientos a Cnido, y los Cnidios les salvaron y enviaron a Tera; algunos